

CONTENIDO
CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X

AMÉRICA.

CAPÍTULO I.

Situacion de América y de los Estados Unidos en el Sistema Político general.

Se ha dicho ya algunas veces, que el sistema político de los Estados Unidos se debe considerar como formado por ellos mismos y enteramente separado y distinto de todos los demas. La opinion espresada por Washington en su último discurso, sobre nuestras relaciones estrangeras, se ha creido que favorecia esta idea; y aun parece que la sostuvieron algunas autoridades de grande y justa consideracion. Mas las observaciones generales de esta clase, que se han manifestado algunas veces, deben considerarse juntamente con las circunstancias del tiempo en qué se han hecho, y con el carácter de las medidas particulares á qué inmediatamente se refieren. Lo que debemos creer nos intiman, es el que evitemos toda intervencion escusada en los negocios públicos de otros países, y que en consecuencia de nuestra distancia de Europa, la necesidad de una intervencion tal nos ocurrirá con ménos frecuencia, que casi á ninguna otra nacion. Solo podríamos separar enteramente nuestros intereses políticos de los de todas las demas naciones, absteniéndonos absolutamente de todo comercio con ellas; plan que seria en extremo difícil de realizar, sumamente impolítico aun

cuando fuera practicable, y que nadie ha aprobado ni defendido jamas. Todo comercio individual y personal entre miembros de diferentes cuerpos políticos, trae consigo, hasta cierto grado, relaciones políticas; y no hay dos naciones, que careciendo de toda comunicacion entre sí, puedan ser tenidas por absolutamente independientes una de otra y sin conexion. En donde el origen comun, el idioma, la religion, las leyes y costumbres producen relaciones personales continuas é íntimas, entre los miembros de dos ó mas comunidades, la conexion nacional llega por necesidad á ser mas estrecha en proporcion, y se dice que constituyen un sistema político. Siendo cada uno de los poderes individuales, que componen dicho sistema, formalmente independiente de los demas, ejerce un poder arbitrario al arreglar sus relaciones con ellos; pero no está en el poder de ninguno el disolver su conexion con el sistema, escepto, como llevo dicho, en caso de prohibir absolutamente todo roce individual con los demas miembros; y aun esto seria establecer una relacion en lugar de otra, y dejaria el sistema en su estado anterior. La cuestion de cual de estas dos relaciones es la mas espediente, debe determinarse en todos casos, por medio de una justa aplicacion de los principios de política y deber á las circunstancias particulares del tiempo actual, y no segun ideas fijas y generales; porqué, por un lado, la prudencia exige que una nacion no se mezcle sin necesidad en las intrigas y disensiones de sus vecinos, y otras consideraciones de interes y humanidad inducen á cultivar y aumentar una buena inteligencia y comercio amistoso con todos. Un buen estadista arreglará por consiguiente su conducta, refiriendose oportunamente á ambas reglas, y observando con cuidado los síntomas de los tiempos en qué le ha tocado ejercer su influencia. En cuanto á los Estados Unidos en particular, su historia prueba suficientemente, aun cuan-

do faltase la teoria, que no está en su poder el separarse enteramente del gran sistema político de la Cristiandad, á qué estan naturalmente ligados por ser comun su origen. Es pues de suma importancia el esponer en términos precisos la naturaleza de esta conexion, y formar una idea clara de este pais, y de la América en general, con respecto á las demas potencias Cristianas. Este es el punto que me propongo examinar en el presente capítulo.

Este inmenso sistema político, que ocupa ahora una parte tan dilatada de la superficie de la tierra, estendiéndose desde Kamschatka hasta el cabo de Hornos, y comprendiendo toda la Europa, la América, y una porcion considerable de los otros dos continentes, y sus islas adyacentes, empezó hace quince siglos, y se nutrió en los establecimientos formados sobre las ruinas del imperio Romano, por sus bárbaros invasores. Las diversas tribus en qué se dividieron estos rudos hijos del norte, se apropiaron al principio una completa soberania sobre las provincias que habian respectivamente avasallado. El territorio del imperio se halló así dividido en mil estados pequeños, envueltos en perpétuas guerras, con frecuencia subvertidos por la invasion de enjambres de la madre colmena, formando el todo mas bien un caos que un sistema. En el curso, sin embargo, de dos ó tres siglos, estos estados independientes se consolidaron gradualmente,—la mayor parte conforme á la demarcacion de ciertas grandes lineas geográficas,—formando un reducido número de naciones considerables, separadas formalmente, pero íntimamente ligadas bajo todo otro respecto, y constituyendo lo que con frecuencia se ha llamado la *república Europea*. Ninguno de los estados mayores, que entraron en la composicion de este sistema era bastante poderoso para mantenerse firme contra una combinacion de los demas, ó adquirir sobre todos una superioridad decisiva. La mútua emulacion de los estados mayores prestaba se-

guridad á los mas pequeños, y el *equilibrio del poder* así establecido, sustituia de un modo imperfecto el gobierno comun, y en cierto modo prescribia la observancia de reglas de equidad y justicia. Este estado de cosas continuó, sin causar una alteracion material ó permanente en el poder relativo de las diferentes naciones, hasta mediados del siglo pasado. Con el progreso de la civilizacion todas aumentaron gradualmente su riqueza y poder, pero conservando casi la misma importancia comparativa. Francia se hallaba á la cabeza de estos estados, y amenazó á veces su independenciam; pero jamas fué sólido el predominio que adquirió, y solió seguirle un período de inaccion y anonadamiento proporcionados. Carlomagno unió una grande parte de la Europa bajo su gobierno, pero su imperio se desmembró á su fallecimiento, y la Francia se vió reducida por dos ó tres siglos despues á un estado de debilidad y abandono. Desde aquel tiempo hasta la reforma, la Santa Sede ha sido la potencia que en realidad ejerció el mayor influjo; y durante el espacio de cinco siglos puede decirse que la Europa entera ha sido una especie de teocracia. La reforma, á qué dieron principio los sermones de un fraile, contra la venta de indulgencias tomó gradualmente el aspecto de revolucion de gefes militares y reyes, contra la suprema cabeza eclesiástica, y acabó subvirtiendo legalmente la supremacia de la iglesia sobre la mitad de dichos gefes, y en la realidad sobre todos. Su poder relativo permaneció en sustancia como antes, hasta que habiendose estendido el sistema fuera de los límites de Europa, efectuó una completa revolucion en su carácter, ó mas bien puede decirse que lo substituyó otro enteramente nuevo. Esta revolucion, como puede suponerse, por la inmensa magnitud de los intereses que alteró, ha tardado mucho tiempo en prepararse, y se desenvolvió con lentitud. En realidad, solo en el curso de los últimos años se manifestó enteramente su resultado.

El descubrimiento y colonizacion de América é Indias Orientales, y la conquista de todo el Norte de Asia por Rusia, que tuvieron lugar casi al mismo tiempo, prepararon la introduccion de nuevos elementos en el sistema Europeo, capaces de ser con el tiempo superiores en peso é importancia á la masa original. Mientras que el sistema se estendia así, sobre toda la superficie del globo, y adquiria un acceso tan prodigioso al poder positivo, es evidente que la influencia relativa de los diversos estados debió sufrir por necesidad, y en la realidad sufrió una completa alteracion. Si los nuevos elementos se hubiesen distribuido entre estos estados, con proporcion exacta á su anterior influencia, puede ser que el antiguo equilibrio del poder se hubiera conservado, mas esto era casi imposible segun la naturaleza de las cosas, y de nignun modo sucedió. Francia y Austria, sin disputa las dos potencias de primer orden en el antiguo sistema, no han podido asegurarse una parte del *grande hallazgo* de los nuevos continentes; y por consiguiente, aunque progresaban rápidamente en riqueza y poder, su peso respectivo é influencia política en general, estaban sin embargo destinados á sufrir un descaecimiento gradual y constantemente progresivo. Interrumpió esta decadencia por cierto tiempo el episodio de la revolucion, mas ha vuelto á su curso y continuará con acelerada rapidez. Inglaterra, Holanda, España y Portugal, habiendo dividido entre sí estos *grandes despojos*, se levantaron de un golpe, las tres primeras, á lo menos, de la clase de potencias secundarias á la de las de primer orden. España por algun tiempo substituyó á Francia y Austria como principales estados de Europa; y ayudada por otro lado de las circunstancias, conquistó el Portugal, invadió á Francia, amenazó á Inglaterra, y estuvo en fin muy cerca de apoderarse del imperio universal. Esta preponderancia hubiera podido mante-

nerse con un mejor sistema doméstico, mas pronto se desvaneció á causa de un malísimo gobierno. Despues de esto se presentó Holanda, provincia antes sometida, como uno de los principales estados. Bajo las mismas circunstancias Ynglaterra tomó igual posicion, y de todas las potencias de Europa es la única que ha sabido dar la mejor direccion á la revolucion del sistema. Pero así para ella como para las demas, el aumento de poder adquirido por estos trámites fué naturalmente transitorio; porqué las colonias, separadas como estaban del poder dominante, por inmensas distancias y oceanos, propendian naturalmente á separarse y hacerse independientes. Esta consecuencia, de qué nuestra revolucion ha dado el primer grande ejemplo, que continua ahora en la América Española, y se completará por último con la emancipacion de lo restante de las colonias Inglesas, muestra el desenlace final de la revolucion, en uno de los principales ramos del sistema político de Europa, ó mas bien, la formacion del nuevo á que acabo de aludir. De este modo los estados Europeos que poseian una importancia temporal por la adquisicion de colonias, volvieron á su antiguo ser. España, Portugal y Holanda se han alistado ya entre los estados de orden inferior; é Inglaterra se verá, mal que le pese, obligada á hacer otro tanto, cuando haya perdido enteramente su imperio colonial. Entre tanto la emancipacion de América ha añadido á la antigua familia una corporacion de nuevos miembros, nada inferior en número, ó [considerando lo que su estado promete] en importancia á los anteriores; y esta creacion es el primer punto digno de observacion en el nuevo sistema político.

Otra propiedad importante de este sistema fué el resultado de la conquista del norte de Asia por Rusia, y de las circunstancias, que ocurrieron en el interior de aquel imperio, favorables de un modo tan extraordinario á sus pro-

gresos en poder y civilizacion. Mientras que los estados occidentales y marítimos se apropiaban las ilimitadas regiones del Nuevo Mundo, los Czars de Rusia estendian su jurisdiccion sobre territorios de igual estension, que por hallarse contíguos á sus viejas posesiones, no era de temer se emancipasen, como las nuevas adquisiciones de los otros, al fin de dos ó tres siglos. Habiendo podido formar casi al mismo tiempo, por medio de una coincidencia de sucesos casi milagrosa, un cuerpo político vigoroso y sólido, de los materiales heterogéneos y discordantes de qué se compone aquel imperio; habiendo finalmente, por un esfuerzo singular de ingenio, puesto sus súbditos á nivel, en punto á civilizacion, con el resto de Europa, dichos príncipes, hasta entonces desconocidos é ignorados en el sistema general, tomaron sus puestos, no tanto en él como sobre él. Rusia se ha vuelto de repente, no tan solo un estado de primer orden, sinó el estado regulador. Ya en otra ocasion he hablado sobre la posicion é influjo de esta inmensa potencia y no me detendrá ahora este punto. Con solo mirar al mapa del globo puede fácilmente concebirse, sin necesidad de mas argumento, cuanto la Europa occidental se halla agoviada bajo la masa enorme de aquel Coloso político. La historia del siglo pasado, desde el principio del reinado de Pedro el Grande, hasta la reciente invasion de España, demuestra la misma importante verdad. Los estados continentales que figuraron como principales potencias en el antiguo sistema, como Francia, Austria y últimamente Prusia, han perdido, con este nuevo rival irresistible, no solo su puesto, sinó lo que equivale á lo mismo, su independencian. Esta calidad del nuevo sistema no ha tomado todavia su perfecta forma; pero el término natural del progreso de los sucesos que ahora se hallan en accion, será la union de

todo el continente bajo una monarquía militar. Inglaterra conservará su independencia doméstica, y su puesto como estado de primer orden, en tanto que mantenga su imperio colonial; mas cuando haya perdido sus posesiones en el extranjero y el cetro del oceano, que desaparecerá con ellas, sin duda perderá tambien su importancia, y dependerá del continente vecino. Mientras tanto, el gran sistema político á qué nuestro país y continente pertenecen, ofrece por ahora los tres principales elementos siguientes:

I. El continente de Europa con sus dependencias en las otras partes del globo.

II. El Dominio de la Gran Bretaña.

III. América.

Cada una de estas grandes divisiones del sistema general, comprende un poder predominante, y otros varios unidos á él en un orden secundario; y todos bajo diferentes principios. En cuanto al Dominio de la Gran Bretaña, las diferentes é innumerables partes que lo componen, esparcidas por todo el globo, que comprenden inmensas regiones no exploradas en América, mil reinos en Asia y Africa, un continente entero en el mar del sud, y casi todas las islas de los demas, (porqué Inglaterra parece cree poseer el derecho de monopolizar todas las islas,) estan formalmente sujetas á aquel pequeño rincon de la costa noroeste de Europa. En esta division del sistema, la subordinacion de los otros miembros á la principal potencia, es por consiguiente completa, durante su predominio; pero como no está la conexión fundada en ningun principio comun de derecho ó política, debe considerarse como por naturaleza accidental y transitoria. Por otro lado las naciones que ocupan el continente de Europa, aunque de derecho independientes, estan sujetas á la influencia de Rusia, la cual, como acabo de decir, ejerce sobre ellas una preponderancia decidida. Estando esta preponderancia

fundada en una superioridad de fuerza física, que será probablemente duradera, debe tambien esperarse el que continuará, y que se desenvolverá mas y mas de año en año, hasta que produzca la consecuencia referida. Finalmente nuestra nacion posee la distincion decorosa de hallarse á la cabeza de la grande division, compuesta de las diversas naciones nuevas, que cubren este continente,—primacia que no dicta la arrogancia, ni mantiene la fuerza, sino que resulta, en el curso natural, de la mayor antigüedad de su existencia nacional, y que está asegurada por los buenos servicios hechos, y por hacer á nuestras hermanas repúblicas. Esta conexión, hallandose tambien fundada en los principios justos y liberales de política, comunes á todas las diferentes partes, y que justamente podemos esperar continuará del mismo modo, puede considerarse como permanente, y, en nuestra esperanza á los menos, perpetua. Rusia, la Gran Bretaña y los Estados Unidos son por consiguiente ahora las tres potencias prominentes y de primer orden del mundo civilizado y cristiano. Todas las otras ocupan un lugar secundario, con respecto á cada una de estas. Algunas de las potencias de segundo orden de las dos grandes divisiones Europeas, como Francia, Austria y aun Turquía, son actualmente superiores en poblacion, y en fuerza naval y militar disponible, á los Estados Unidos, y no hay duda que tendrian por una prueba evidente de presuncion en nosotros, el que quisiesemos, bajo ningun pretexto, darnos mayor importancia política. Estos célebres imperios, hablo de los dos primeros, orgullosos por su antigüedad y el brillante papel que han representado constantemente en el teatro de Europa, apenas pueden acabar de convencerse del efecto de las nuevas circunstancias, que sin disminuir su poder efectivo, los ha privado de una grande parte de su peso comparativo entre las naciones; y desestiman con facilidad las pretensiones de